

EL AMOR DE UNA CIUDAD HACIA SU MAR

LA EXPOSICIÓN ICONOGRÁFICA
DEL PUERTO DE MAHÓN

por JUAN B. ROBERT

Casi todas las naciones de la vieja Europa ganaron sus blasones tanto en la tierra firme como en el mar, porque nuestro continente—dejando aparte Rusia—, con sus costas tan recortadas, está dispuesto de tal manera que la mar dista relativamente poco de las tierras más interiores. La tradición náutica marinera, está más enraizada a través de los siglos en unos pueblos que en otros: entre los primeros, los de nuestra gloriosa Corona de Aragón, que en los tiempos medievales fué a buscar sus laureles surcando las aguas de su mar azul y sólo allí, mar adentro, logró dar salida a sus ansias de aventuras y sed de poderío y de riquezas. Timidamente primero, con altivez y seguridad de sí mismos después, nuestros hombres de mar y de guerra desafiaron a reinos e imperios, coronándose de laureles con ramas arrancadas de árboles de los más diversos y lejanos países.

Y aunque el Mediterráneo susurra todavía su vieja canción, le besa el mismo sol y le alborotan los mismos vien-

tos, las ciudades cuyos hijos lo dominaron antaño haciéndolo cauce y ruta de sus épicas empresas, le han vuelto la espalda y apenas si de cuando en cuando se evoca en ellas con fervor y reverencia el recuerdo de pretéritas grandezas que tuvieron por escenario las aguas del mar latino, que sin ser un Océano colosal, es sin duda el más bello y más noble del planeta.

Los puertos de nuestras ciudades mediterráneas de abolengo ofrecen hoy un melancólico panorama debido a la contracción del tráfico. La tristeza de las dársenas semivacías de naves, aún aleja más la atención popular y por eso resulta más digno de loa el generoso y patriótico ademán de quienes miran hacia atrás sin desdeñar su afán de un porvenir lisonjero, buscan en el pasado energías y ánimos para reavivar el amor a sus cosas relacionadas con la mar.

He aquí en este sentido, el caso tan meritorio del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón, la encantadora capital de la isla de Menorca, desconocida para la inmensa mayoría de los españoles, que si afluyen a Mallorca y se detienen brevemente visitando Ibiza, rutas hoy casi obligadas del turismo nupcial y del estandarizado a cargo de las agencias de viajes, a penas si llegan a Menorca, el último baluarte de España mirando hacia Levante.

Hace cinco años, el ejemplar Ateneo mahonés organizó una interesantísima y sugestiva Exposición de Cartografía de Menorca, en la que se exhibió una rica colección de mapas y planos de la isla, con ejemplares de gran valía, propiedad de los organismos oficiales, de sociedades y particulares.

Y este año, también durante el mes de Febrero como entonces, se ha celebrado otro certamen del mismo carácter marítimo, circunscrito a la iconografía del puerto de Mahón, el «Portus Magonis» de los romanos, «Ma-Og» de los primitivos pobladores de la isla, los hombres preibéricos de la cultura de las «taulas» y los «talayots».

Los menorquines están justamente orgullosos de su magnífico puerto natural —los mejores puertos del Mediterráneo, reza el conocido proverbio marino, son Mahón... Julio y Agosto— de cinco kilómetros y medio de longitud y uno de máxima anchura, con su estrecha boca que garantiza la quietud interior de las aguas.

Más de un centenar de piezas han figurado en la Exposición, cuyo elegante catálogo nos remite el director de Sanidad Marítima de la isla, don Francisco Aristoy, tan vinculado a Valencia y tan arraigado en Menorca y su Ateneo.

Son pinturas, dibujos, grabados, planos, libros, folletos y documentos que se relacionan directamente con la vida secular del puerto de Mahón. En la parte gráfica se ha tenido el acierto de no circunscribir la improvisada pinacoteca a cuadros de indiscutible mérito artístico como los de Font, Calvo y Chiesa, excelentes pintores menorquines, sino dando cabida, previa inteligente labor seleccionadora, a determinadas pinturas ingenuas de interés documental y anecdótico, algunas de venerable antigüedad; que por el solo hecho de conservarse todo ello como estimables prendas del patrimonio familiar y por la entusiasta diligencia en acudir a exhibirlo al primer requerimiento del Ateneo, ya se demuestra el amoroso culto de los menorquines a su puerto incomparable. Intima afección y devoción de los habitantes de una ciudad al borde de la mar, que no debe tener por exclusiva modalidad de manifestarse la solícita cooperación ciudadana —siempre laudable— del dinero, pronto a colocarse en valores de buena y segura rentabilidad. El Ateneo de Mahón y los menorquines en general, han sabido patentizar gallardamente con las dos Exposiciones su cariño al puerto, suministrando un digno ejemplo que debieran imitar respecto al suyo las demás capitales costaneras españolas.
